

## EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

Jer 20,7-9: “Me has seducido, Señor, y me dejé seducir”

Sal 63: “Tu gracia vale más que la vida”

Is 55,1-11: “Oíd y vivirá vuestra alma”

Mt 16,25: “El que pierda su vida por mí, la encontrará”

Rom 8,28-39: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?”

“El salmo sobre el que reflexionaremos hoy, es el salmo del amor místico, que celebra la adhesión total a Dios, partiendo de un anhelo casi físico y llegando a su plenitud en un abrazo íntimo y perenne. La oración se hace deseo, sed y hambre, porque implica el alma y el cuerpo. (...) Así pues, comenzamos nuestra meditación con el primer canto, el de la sed de Dios (cf. versículos 2-4). En el alba, el sol está surgiendo en el cielo terso de la Tierra Santa y el orante comienza su jornada dirigiéndose al templo para buscar la luz de Dios. Tiene necesidad de ese encuentro con el Señor de modo casi instintivo, se podría decir «físico». De la misma manera que la tierra árida está muerta, hasta que la riega la lluvia, y a causa de sus grietas parece una boca sedienta y seca, así el fiel anhela a Dios para ser saciado por él y para poder estar en comunión con él. El vocablo, entendido en estas dimensiones, ayuda a comprender cuán esencial y profunda es la necesidad de Dios: sin él falta la respiración e incluso la vida. Por eso, el salmista llega a poner en segundo plano la misma existencia física, cuando no hay unión con Dios: "Tu gracia vale más que la vida" (Sal 62, 4). También en el salmo 72 el salmista repite al Señor: "Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen: ¡Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre! (...) Para mí, mi bien es estar junto a Dios" (vv. 25-28). Después del canto de la sed, las palabras del salmista modulan el canto del hambre (cf. Sal 62, 6-9). (...) Otra necesidad fundamental de la vida se usa aquí como símbolo de la comunión con Dios: el hambre se sacia cuando se escucha la palabra divina y se encuentra al Señor. A través del alimento místico de la comunión con Dios "el alma se une a él", como dice el salmista. Una vez más, la palabra "alma" evoca a todo el ser humano. No por nada se habla de un abrazo, de una unión casi física: Dios y el hombre están ya en plena comunión, y en los labios de la criatura no puede menos de brotar la alabanza gozosa y agradecida. Incluso cuando atravesamos una noche oscura, nos sentimos protegidos por las alas de Dios, como

el arca de la alianza estaba cubierta por las alas de los querubines. Y entonces florece la expresión estática de la alegría: "A la sombra de tus alas canto con júbilo" (Sal 62, 8). El miedo desaparece, el abrazo no encuentra el vacío sino a Dios mismo; nuestra mano se estrecha con la fuerza de su diestra (cf. Sal 62, 9)"(SAN JUAN PABLO II).

"El amor es como el fuego que Cristo envía. Porque Cristo amaba a Moisés se le apareció en un fuego, y Jeremías, que tenía dentro de sí mismo el don del amor de Dios, decía: "Hay dentro de mí como fuego abrasador, encerrado en mis huesos; me esfuerzo por soportarlo, pero no puedo". Por tanto, es bueno el amor que tiene alas de fuego ardiente, que vuela por el pecho y el corazón de los santos y quema todo lo material y terreno, a la vez que pone a prueba todo lo que es puro y mejora con su fuego todo lo que toca. Este es el fuego que ha enviado el Señor Jesús a la tierra; por eso ahora brilla la fe, se accede a la devoción, se ilumina la caridad y resplandece la justicia" (SAN AMBROSIO).

"Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy pocos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación. Encuentra muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia. Todos quieren gozar con Él, mas pocos quieren sufrir algo por Él. Muchos siguen a Jesús hasta el partir del pan (Lc 24,35), más pocos hasta beber el cáliz de la pasión (Mt 20,22). Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman a Jesús, cuando no hay adversidades. Muchos le alaban y bendicen cuando reciben de Él algunas consolaciones: más si Jesús se escondiese y los dejase un poco, caerían en una profunda desesperación. Más los que aman a Jesús, por el mismo Jesús, y no por alguna propia consolación suya, lo bendicen en toda tribulación y angustia del corazón, tanto como en tiempo de consolación. (...) Aquel que *abraza la Cruz*, no está sin el alivio de la consolación; porque siente el gran fruto que le crece con llevar su cruz. Porque cuando se sujeta a ella por su voluntad, toda la carga de la tribulación se convierte en confianza de la divina consolación. [...] Esto no es virtud humana, sino gracia de Cristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acometa y acabe con fervor de espíritu. No es según la condición humana llevar la cruz, amar la cruz [...]. Si miras a ti, no podrás por ti cosa alguna de éstas: más si confías en Dios, Él te enviará fortaleza del cielo (TOMÁS DE KEMPIS)